

Arturo Warman: una visión íntima*

Guadalajara, Jalisco, a 22 de octubre de 2003

Dra. Teresa Rojas Rabiela

Presente

Tere muy querida:

*Nadie como tú conoció a Arturo. La razón de esta carta es dar salida a un sentimiento que quiero compartir contigo en estos muy dolidos momentos. Si casi siempre la pretendida objetividad oculta mucho subjetivismo, en este caso quiero dejar en libertad una visión totalmente subjetiva. Mi primer encuentro con el Dr. Arturo Warman en los tempranos setenta fue cuando, después de un semestre de trabajo de campo entre los pepenadores de basura de Monterrey, quise ingresar a la maestría en Antropología en la Universidad Iberoamericana. Arturo me entrevistó, y confieso que quedé cautivado por su sagacidad, comentarios penetrantes, pero sobre todo por su afabilidad. En pocos minutos pasó del Dr. Warman a simplemente Arturo, y de la solemnidad del usted al horizontal tú. Le expliqué que lo único que quería hacer en la maestría era estudiar a Marx, lo demás no me interesaba. Me oyó con paciencia viéndome fijamente y esbozando una sonrisa condescendiente. No me desalentó en mis pretensiones del estudio del marxismo, pero me hizo entender que también había que hincarle el diente a otros autores, como Marx mismo lo había hecho con una gran cantidad de escritores. Me convenció. Me impactaba su claridad y profundidad de exposición. Sus clases eran deslumbrantes. Uno salía de ellas con nuevos conocimientos y con muchas preguntas por resolver. Llegaba al salón sin ningún apunte. Se sentaba enroscando las piernas en un rincón de la mesa del maestro y durante dos horas seguidas, sin moverse, hilvanaba sus explicaciones con gran manejo de autores y con ejemplos de su propia experiencia. Me impresionó. Indagué sobre los antecedentes de Arturo. El inmediato es que formaba parte del brillante equipo que junto con Ángel Palerm había tenido que dejar la ENAH después del 68 y que había ido a innovar la antropología desde la Ibero. Anteriormente Arturo se había dedicado a la etnomusicología, y había hecho rescates de, entre otros géneros, sones huastecos y jarochos. De esa época venía un importante estudio sobre la danza de moros y cristianos. También había trabajado en el Banco Ejidal y el Banco Agropecuario, lo cual le había permitido tener un conocimiento crítico del campo mexicano. Arturo nos condujo por las teorías del campesinado, nos descubrió a Chayanov, hizo que comprendiéramos a Wolf y él mismo nos presentó al campesinado mexicano con su didáctico y agudo libro *Los campesinos, hijos predilectos del régimen*. Entramos a la discusión de eso que llaman*

* Publicado en VOCEAS, Las "voces" del Colegio de Etnólogos y Antropólogos Sociales, A.C., núm. 269.

antropología mexicana, en donde, con no poca sorna, decía que la antropología había servido “para un barrido y para un fregado”. Sus formulaciones eran al mismo tiempo que penetrantes y profundas, frescas y cargadas de ironía. Al inicio de los proyectos del CISENAM, un grupo nos fuimos al oriente de Morelos, en donde Arturo nos dirigió un trabajo de campo a través del cual nos enseñó a ser antropólogos. Cuando las teorías ortodoxas proclamaban la desaparición del campesinado, nos hizo ver cómo los campesinos tenían sus peculiaridades dentro del espectro nacional, y cómo no debíamos tratarlos como un grupo homogéneo. Nos impulsó a profundizar en todas las relaciones sociales que se tejían en torno del maíz. Aprendimos a captar sus diferencias internas. Arturo nos impulsó a lanzarnos a nuestras primeras publicaciones académicas. Combinando lo que estaba aprendiendo con mis propias inquietudes sugerí el título del libro colectivo en el que participé (*Subsistencia y explotación*). Arturo nos impulsaba, nos obligaba a ser rigurosos, y respetaba nuestras iniciativas. Recuerdo largas sesiones en su casa de la Villa Olímpica, donde discutíamos qué pronunciamiento hacer ante las luchas campesinas por la tierra. En 1976 recibió merecidamente el Premio de Investigación de la Academia Mexicana de Ciencias. La publicación de su libro *Y venimos a contradecir* fue todo un acontecimiento. Arturo logró que la antropología mexicana hiciera aportes al conocimiento en lo nacional y lo internacional. Su labor fue reconocida y recibió muchas distinciones, entre ellas una beca Guggenheim. Fue profesor investigador invitado en el Instituto de Estudios Avanzados de Princeton y en las universidades de Columbia, Chicago, Johns Hopkins y Cambridge. Con Guillermo Bonfil reorganizó el doctorado del CISENAM. Fue del equipo que hizo nacer una nueva escuela de antropología en la UAM Iztapalapa. Sin perder sus contactos académicos pasó a la dirección del CIDER en la Secretaría de Programación y Presupuesto. Ahí siguió impulsando los estudios sobre el campesinado mexicano. En un momento en que por mis búsquedas personales me quedé sin trabajo, Arturo me acogió en el CIDER con gran generosidad. Me encomendó revisar lo que se estaba produciendo para publicar lo más relevante. Salieron estudios sobre el maíz, el tabaco, la dependencia, la crisis agrícola, etcétera. Discutíamos los acontecimientos nacionales. Tenía un certero ojo clínico sobre los políticos. Me impulsó a hacer el doctorado en el CIESAS, y fue un atinado y perspicaz lector de mi tesis. En un momento en que yo pasaba por gran confusión respecto a mi material me hizo una recomendación desconcertante, pero que fue muy sabia: lee novelas, me dijo. En otra discusión sobre lo que debía ser un doctorado en antropología, cuando algunos querían cerrar los temas ungibles oficialmente como antropológicos (lo cual nos dejaría fuera a no pocos que incursionábamos en terrenos no tradicionales) Arturo zanjó la cuestión puntualizando que se debería considerar como antropología lo que hacíamos los antropólogos. Fue de los primeros en ingresar al Sistema Nacional de Investigadores. También se encuentra entre los impulsores de la revista *Nexos* y del diario *La Jornada*. Sus artículos periodísticos eran muy comentados. Su estilo desenfadado, agudo, puntual, desnudaba los problemas sin contemplaciones. Era un polemista con fino humor. A mediados de los ochenta me planteó la urgencia de que científicos sociales ingráramos a la Academia de Investigación Científica (ahora Academia Mexicana de Ciencias) para poder influir en la política científica. Pasó a la Universidad Nacional en donde fue investigador del IISUNAM. En el área de estudios agrarios sus líneas de investigación siguieron siendo el campesinado, el maíz, identidades, resistencia sociocultural, pueblos indígenas. Fue un autor de renombre que no se repetía, que siempre tenía aportes novedosos, y muy productivo.

Su obra es muy extensa y de gran relieve. *Trató temáticas de la modernización, del desarrollo, de la cultura, y realizó la historia más documentada y reflexionada sobre el maíz (La historia de un bastardo: maíz y capitalismo)*. Arturo tenía renombre nacional e internacional como un crítico mordaz y un sólido analista del mundo rural. No quiso que sus conocimientos se circunscribieran al mundo académico y optó por incursionar en el ámbito político. Estuvo al frente del Instituto Nacional Indigenista, fue el primer Procurador Agrario en 1992; en el sexenio de Zedillo fue Secretario de Agricultura, Secretario de la Reforma Agraria, y coordinó el Gabinete de Desarrollo Social en los últimos meses de ese mismo sexenio. Mientras fue gran funcionario casi no lo vi, pero mantuve mis nexos con él a través de los saludos que le mandaba contigo. Volvió a la UNAM, se reincorporó al Sistema Nacional de Investigadores en el nivel III, y en el 2002 fue nombrado coordinador del Consejo Académico del área de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional. Desde esta coordinación se empeñó por defender a la educación superior de la restricción y el asedio de las tendencias neoliberales.

En sus últimos años Arturo volvió a difundir con gran entusiasmo el resultado de sus investigaciones. En el 2001 publicó otro de sus libros más destacados: *El campo mexicano en el siglo xx*. No se trata de una historia convencional, pues profundiza interdisciplinariamente en la comprensión de las estructuras socioeconómicas y políticas. El libro se encuentra muy bien documentado. Refina el estilo warmaniano: agudo, ágil, ácido, muy crítico, pero también esperanzado. Busca la complejidad en cada etapa. Se abre a la polémica lejos de argumentos fáciles y sobre todo rehuyendo ideologizaciones. Hay una síntesis de los principales debates teóricos. Con realismo crítico se ubican los papeles que tienen el mercado y el Estado, y su relación a través de una sociedad que debería ser muy activa para enfrentar los retos presentes. Los principales ejes del análisis son la población rural, el reparto de la tierra, el producto agropecuario y forestal, la relación entre el minifundio y la pobreza rural, y el papel de los principales actores en el campo: el gobierno, los empresarios y, de manera particular, los campesinos.

Recordando la fórmula de análisis de la familia campesina como unidad de producción y consumo, nos lleva por los complejos procesos que se han ido formando y cambiando a lo largo del siglo xx. El libro es provocador de discusiones con fundamento. Y en el 2003 volvió a la palestra con su libro *Los indios mexicanos en el umbral del nuevo milenio*. Arturo nos hace ver cómo el indigenismo ha sido uno de los temas en que se ha centrado la discusión ideológica a lo largo de la historia de México, pues alrededor de él se ha debatido lo que denominamos el modelo de país. Arturo vuelve a hacer un recorrido histórico para llegar hasta nuestros días en un esfuerzo por interpretar las tendencias más relevantes. Desgraciadamente una enfermedad súbita y despiadada lo arrebató cuando estaba en plena actividad y tenía mucho más que dar. En menos de seis días perdimos a dos importantes antropólogos mexicanos y, muchos de nosotros, a unos muy queridos amigos. Arturo, además de haber sido un gran hombre, y tal vez precisamente por haberlo sido, pese a sus inclinaciones ermitañas, fue un desinteresado y cálido amigo. Arturo nunca fue un conformista. Es, sin duda, uno de los antropólogos más destacados. No estaba orgulloso sino preocupado por el quehacer de la antropología. No he querido pintar lo que fue Arturo, sino ofrecer algunos brochazos muy burdos de mi propia visión. Considero que el mejor homenaje que podemos hacerle es proseguir con profesionalismo en las discusiones que nos heredó.

Jorge Alonso